

LA VIDA Y LA LITERATURA

por Francisco-Manuel Nácher

Estamos de acuerdo en que la vida es un procedimiento para aprender, para adquirir experiencia sobre cómo funcionamos, tanto a nivel físico como a nivel etérico, de deseos y mental e incluso espiritual, y cómo deberíamos funcionar. La vida es, pues, una escuela de vida.

Por eso se inventó el teatro que, al representar las tramas y los desenlaces de vidas distintas de las nuestras, nos enseña a reflexionar y a extraer las lecciones oportunas, como si esas vidas las hubiésemos vivido nosotros, además de la nuestra. De ahí la utilidad docente del teatro. Siempre, claro, que, tras la función, reflexionemos sobre los personajes, su actuación, sus reacciones y las consecuencias que les han acarreado.

Esa enseñanza del teatro se completó luego con el libro y, fundamentalmente, con la novela (ya que los libros científicos nos enseñan, pero no mediante lecciones de vida, sino explicándonos cómo funciona el universo). En la novela que, no relata todo lo que ocurre en una vida (no se dice cómo cada día el protagonista se levanta, se lava, se afeita, se peina, se viste, desayuna, etc.), sino los acontecimientos clave, los que en la vida real nos hacen pensar y sacar conclusiones, se exponen una serie de acontecimientos importantes, pero el autor deja al lector la labor de rellenar, es decir, de imaginar el aspecto, la voz, la estatura, los modales, etc. de los personajes, así como los escenarios, los paisajes, los ambientes, etc. Facilita, pues, además, el ejercicio de la imaginación. Porque el lector, sin darse cuenta, construye de su propia cosecha casi toda la novela. Exactamente como ocurre con la vida: Nosotros nacemos con un esquema de vida, previamente elegido por nosotros y que no podemos cambiar, pero el resto queda en manos de nuestro libre albedrío y por eso somos responsables de lo que nuestra propia libertad realice.

El lector de novela puede también discrepar del autor mientras lee, puede interrumpir la lectura y puede meditar sobre lo leído con entera libertad. En el teatro eso resulta imposible, salvo que se trate de teatro leído en cuyo caso pasa, en este aspecto, a la categoría de novela.

Por eso las adaptaciones de novelas al teatro o al cine rara vez resultan para el lector de la primera, más interesantes que ésta. Porque en la novela él puso mucho, pero en el teatro y en el cine ya no le queda sino reflexionar sobre la interpretación que otros han dado a la obra.

El cine es lo mismo que el teatro pero con menos posibilidades para el espectador de poner algo de su cosecha. Tiene la ventaja de que se ve a oscuras y eso favorece la concentración.

El problema en cuanto al valor educativo del cine aparece con la televisión. Y no porque ésta suponga ninguna traba, sino por el sistema que, en todos los países, se ha adoptado para su explotación: Se ve un programa tras otro durante horas enteras, con lo que:

a.- Como todo está ya hecho y no ha lugar a aportación alguna por parte del espectador, éste no tiene más remedio que mirar, sin opción a discrepar, criticar o reflexionar.

b.- Hasta tal punto es así que, después de toda una tarde viendo películas, cuando llega la hora de dormir, uno es prácticamente incapaz de recordar cuál era el argumento de la primera que ha visto. Y, consecuentemente, de sacar ningún provecho de ella o de cualquiera de las siguientes. Con lo cual la televisión, en cuanto proyectora de películas, si bien distrae, no enseña. O sea, que idiotiza al televidente, ya que no le da ninguna posibilidad de intervenir, ni de pensar, ni siquiera de asimilar ni, por lo tanto, de mejorar. Pero, en cambio, le ha hecho sentir emociones, casi siempre fuertes y casi siempre negativas.

Lo recomendable, pues, para sacar las oportunas lecciones con miras a la propia evolución, sería, por orden de preferencia:

a.- Leer una novela. Durante su lectura, pensar sobre el argumento, los personajes, el desenlace, las lecciones que se pueden extraer, etc. Y, al terminarla, recapitular.

b.- Ir al teatro. Y tras ello, comentar, reflexionar, extraer conclusiones, etc.

c.- Ir al cine y, tras ello, hacer lo mismo que con el teatro.

d.- Ver televisión. Pero, tras cada película, desconectarla y hacer lo que se dice para el teatro y el cine. De no hacerlo así, la mente se atrofia, deja uno de pensar, de tener opinión propia, de ser consciente de su propia identidad y, en consecuencia, no le sirve para mejorar ni para aprender, que es el objeto de la vida.

* * *